iPEPITO MÍO!

(IDILIO CASTELLANO)



ONSTA que el Barón de Aspe era un santo varón. Miguel Rui de Peralta y Rui de Peralta, barón de Aspe y señor de Onecha, en la villa de Dueñas, heredó de sus mayores pingüe fortuna, y por poder ostentar algún título más que los de noble y rico, estudió en Segovia, llegó á capitán de artillería, y muy pronto deió su carrera, «el cuerpo»

y «el arma», en cuanto su anciana madre le llamó á Dueñas, para que la acompañara en los últimos años de su vida.

En la villa residían los amigos de su padre, sus propios condiscípulos de primeras letras y de correrías, y allí disfrutaba del sencillo y rudo trato y de las simpatías de todos

Cuando colgó su espada á los veintiseis años, se dedicó á hermosear la casa y finca de sus antepasados, situada en medio de la pintoresca ribera de huertas donde se unen los ríos Pisuerga y Carrión. Cambió sus libros de artillería por los del arte rural, sus panoplias guerreras por trofeos de podaderas, azadillas, pulverizadores y alambiques, y olvidó los González Hontoria de 32 centímetros por la niquelada escopeta de Eibar, que fué en sus manos terror de los conejos del páramo, de las liebres de la vega y de las perdices

Después de una de las jornadas de invierno que pasaba con su madre en su vetusto palacio de Madrid, y antes de volver á disfrutar de la del otoño en Dueñas, recorrierron ambos durante el estío sus posesiones de Peralta, Falces y Funes, y fueron á reposar, según costumbre, á las playas de

Entre la distinguida sociedad que concurría á aquel puerto, conoció el Barón á la empingorotada familia de los Leivas de Tormantos, cuya única hija, Irene de Leiva y Ochánduri, hacía gala de llevar con toda prosopopeya el empaque de sus tatarabuelos, los primos hermanos del marqués de Pescara, gracias á algunos miles de cántaros de clarete que su padre cosechaba en la Rioja.

Tenía Irene dos años más que el Barón, y doscientos volúmenes de letra menuda más que él en la cabeza. Era hermosa en su físico y revelaba estudiada distinción en su atavio. Murmurábase entre la colonia veraniega que había desdeñado excelentes proporciones de casamiento, porque, según decía ella, ceran gentes de poco meollo los aristócratas que la asediaban, y en cambio, trascendían á plebe los sabios que con aquéllos concursaban á conquistar su corazón n

Debió encontrar, sin embargo, en el Barón de Aspe alcurnia y talento bastantes, cuando, habiéndose entendido con él, decidieron, muy complacidos, la Baronesa vieja y el señor D. Crisógono de Leiva y de Tormantos, que en el próximo día de la Concepción se celebrara la boda de os chicos.

Y en el otoño siguiente, pasadas la luna llena de miel v todas las mieles del casamiento, regalos, oropeles, viajes y demás solemnidades del caso, se encontró la nueva Baronesa de Aspe y Señora de Onecha, en su chalet de Dueñas, asentada y reconocida como patrona, cacique y emperatriz de la merindad de Campos.

No quiso el cielo dar frutos de bendición al matrimonio, y á consecuencia de ello empezaron á descubrirse en la superficie de la vida de aquella feliz pareja así como algunas motitas del moho del aburrimiento

La Baronesa se sintió muy inclinada á la meditación v á a iglesia, ampliando un tanto sus características cualidades de cristiana vieja, mujer fuerte y ortodoxa pensadora; y el Barón, «dejándola ir», se engolfó en la química agrícola, en la enología, en la apicultura y en otras diversas y muy inocentes maneras de gastar el tiempo y el dinero, sin que lograse encontrar un discípulo, ni un imitador en la mientras gustaba los últimos sorbos del té, en su taza de

No progresó él mucho en sus experiencias rurales, porque parece que se conjuraron contra los esfuerzos de su sabiduría las heladas, los pedriscos, las avenidas, las sequías y cuantos peronosperas, oidiums, melolonthas v



con la ayuda de las principales damas que en él vivían, escuelas dominicales, asilos para muchachas desvalidas, cofradías diversas, conferencias doctrinales, velas constantes, propagandas contra la blasfemia, la embriaguez y el juego, y logrando, en fin, que se dulcificaran en mucho las costumbres y prácticas de gran parte de las gentes.

El éxito de esta campaña sublimó las afecciones místicas de la Baronesa, que empezó por dar magistral ejemplo con la vida recogida y edificante que hacía en su propia casa. En nada la contradijo su marido, considerando que así era ella completamente feliz, único ideal por él acariciado.

Convencido ó conforme con la pretensión de su mujer, de que no debía tratar con sus antiguos amigos de la villa, porque entre ellos «había mucha plebe», se encerró en su chalet durante las largas temporadas de su permanencia en Dueñas, y no hizo al fin más que dos salidas diarias: la de la mañanita temprano, para ir á misa con su costilla, y la de la tarde, de paseo á la huerta de la ribera, amén de algunas otras que en los mejores días de otoño solía realizar, marchándose á los páramos, al monte ó al soto con sus criados y sus perros.

Así transcurrieron ocho años.

Una tarde del mes de Agosto, en que habían concluído de comer, y en que el Barón, apurando su café, su copita doble de fine Champagne y su veguero, sentia que se le cerraban los ojos con el dulce sopor de la cotidiana siesta, que solía dormir en la butaca, en la apacible sombra del comedor - galería inmediata á la huerta, le dijo la Baronesa,

Pikman, ornada con los timbres de Aspe:

-Miguel, oye.

El Barón abrió perezosamente un ojo, miró á su mujer, lo volvió á cerrar y contestó:

-Oigo, Irene

-Mañana saldré para El Henar con la doncella y una de las muchachas; voy á hacer la novena que tengo prome-

El Barón, dando la última chupada al cigarro, y sin abrir los ojos, añadió:

-Está muy bien.

-Oye, Miguel.

-Oigo.

-Estaré fuera de casa once días; dos en el viaje y nueve en El Henar.

-Muy bien.

-El ama de gobierno, Eliodora, está va enterada de cuanto ha de disponer para el servicio de la casa, durante mi ausencia.

-Perfectamente

-Excuso recomendarte lo de siempre, Miguel. A misa por la mañana; no te detengas en la calle, háblete quien te hable; nada de confianza con tus antiguos conocidos, ¿eh?

-No te duermas; escucha. En los dos viernes que hay en esos once días, ya lo sabes, la vigilia.

-¿Qué más?

-Mira, para que entretengas dignamente el tiempo por la mañana, en mi gabinete te dejo el ejemplar de la Práctica de contemplativos del P. Toribio Torralva, que escribió hace doscientos treinta años y que se ha editado ahora de nuevo en Barcelona, cuya obra me ha enviado aver desde Madrid Felicia, nuestra prima la Marquesa de Luco.

-Muy bien.

-Si ocurre alguna cosa, que creo que no ocurrirá, escríbeme, y lo dejaré todo y vendré al momento. Yo no necesito escribirte, porque supongo que no me pasará nada;

El Barón no contestó. Se había dormido.

La Baronesa se levantó, cerró cuidadosamente las persianas y la puerta de la mitad de la galería y se fué al otro



extremo de ella, donde una muchacha la esperaba con una gran fuente llena de trozos de pan, de grano y de frutas. En cuanto asomó hacia la huerta, se oyó el estrépito del

vuelo de varias palomas, que descendieron desde lo alto de la casa hacia aquel lugar, y alguna de las cuales se posó en los hombros de la señora: una legión de gallinas acudió presurosa desde la empalizada abic ta del corral cercano; por el sendero central de la huerta avanzaron desde un estanque, tambaleándose y con el pico abierto, graznando ansiosamente, un grupo de patos de múltiples colores, y en cuanto se oyó la algarabía que armaba aquel concurso alado, no quedó en los árboles de los alrededores ni un solo gorrión que no acudiera á la asamblea. La muchacha lanzó por el aire, á puñados y en diferentes direcciones, el contenido de la fuente, cuyo regalo se disputaron y devoraron en confuso revoltorio los convidados y los intrusos.

Terminado este pasatiempo diario, la señora de la casa se retiró, cada regimiento buscó la sombra en sus nidos, rincones y ramas, y volvió á reinar por todas partes el silencio, sólo alterado por los sosegados y largos ronquidos del Barón, que reposaba como un patriarca.

II.

Al dia siguiente, muy de mañana y después de misa, los Barones salieron en un landó, seguidos de un familiar, en el que iban una doncella y una criada, y llegaron á la estación del ferrocarril, donde Irene, con sus domésticas, tomó el tren correo con dirección á Valladolid.

Volvió el Barón á su casa, hizo su visita de inspección á la pajarera, dedicando cuatro mimos y silbidos á los canarios, puso á la sombra las perdices y reclamos, soltó los perros para que diesen una vuelta por el cercado, encendió un cigarro, se sentó á la sombra de una parra, cuyos colgantes racimos no rojeaban aún, y abrió el correo de Francia, entreteniéndose largo rato con la lectura de los periódicos que recibia de Paris y de Burdeos.

Dió después un largo paseo por la huerta, y cuando el sol empezaba ya á molestar, subió á sus habitaciones, diciendo: -Vamos á ver lo que dice el padre Toribio Torralba en

sus Contemplativos.

Entró en el gabinete de su mujer, cuya estancia á la suave luz del poniente, filtrada al través de las vidrieras decoradas con grupos de guirnaldas, tramas de cintas y geniecillos, parecia una capilla del Renacimiento, oreada por delicado perfume. En dos librerías de ébano, terminadas en su cornisa por los escudos enlazados de Aspe y Tormantos, lucían sus lomos policrómicos un centenar de escogidos volúmenes; varios artísticos cobres del arte flamenco, guarnecidos por obscuros marcos, ocupaban con simétrica distribución los blancos lienzos de las paredes, listadas por dorados frisos, y al lado de un reclinatorio de gusto plateresco, colocado al pie de una linda escultura francesa de la Virgen, ocultaba uno de los ángulos un arrogante escritorio de marfil del siglo xvii, con columnas mosaicas, cartelas, mascarones y colgantes, listado y tachonado con barrocas labores de plata.

El Barón, al entrar, separó un poco las cortinas, de labrado realce, del balcón, entreabrió más los visillos exteriores, y se dirigió al amplio velador del centro del gabinete, en el que, al lado de un gran jarrón de flores naturales, estaba en diminuto caballete de oro su retrato en traje de ca-

pitán de artillería, y en otros ricos marcos, el de la Baronesa mamá-suegra, el de don Crisógono y los de otros varios individuos de la familia. No se veía allí el libro del padre Torralba; pero pronto lo divisó, sobre la cubierta del soberbio piano de palosanto, casa Edmund Paulus, Stuttgart, que ocupaba el testero del gabinete.

La obra mística, en edición elzeviriana, estilo Carlos II, estaba sin abrir. El Barón buscó inútilmente en el velador y en el escritorio la plegadera, cuchillo de marfil, que usaba su mujer. Para poderla encontrar mejor, abrió de par en par las vidrieras del balcón, y ya con más luz, empezó á sacar y registrar los cajoncitos largos del escritorio, repletos de cartas, de apuntes y de curiosidades, que allí iba archivando la Baronesa á través del tiempo. La plegadera no parecia. Ya iba á terminar el Barón su tarea de rebusca, cuando, en el cajón del centro, debajo de su cartela, que ostentaba las armas de Onecha, halló, cuidadosamente envueltos en finisima tela de raso blanco, un ajado ramillete de antiguos pensamientos y claveles, y una cartera de dos hojas, sobre cuya cubierta aparecían entrelazadas y bordadas en oro con todo primor las iniciales I y J.

Excitado por la curiosidad, abrió la cartera y sacó de ella un medio plieguecito de cartas, timbrado con los atributos de Aspe y escrito con letra de la Baronesa.

El Barón empezó á leerlo, se detuvo, se restregó los ojos, acudió rápido á la claridad del balcón, con el rostro encendido y las manos crispadas, y leyó de nuevo con ansiedad, deteniéndose iracundo al fin de cada palabra. El escrito decía de esta manera:

«José, Pepe, ¡Pepito mio! tuyos son y serán mi corazón y mi espíritu; te amo en mi vida, en mis pensamientos y en mis acciones. No me olvides un solo instante y seré feliz. Nada me importa de cuanto me rodea sino el servirte. Hoy te dedico y pongo á tus pies estas flores, prenda segura de mi primero y único amor, que vivirá en mi pecho hasta la

»Cuando tú quieras llámame, porque estoy dispuesta siempre á seguirte con tal de que me acompañes en el momento

»José, Pepe, ¡Pepito mío! ¡Bendito seas!»

El Barón se llevó las manos á la frente, lanzó una exclamación horrible y dolorosa, y dijo, cerrando los puños:

-¡José, Pepe, Pepito mío! ¡Infame mujer! El cielo se me ha caído encima. ¿Sera verdad lo que veo? Sí; esta es su letra, este es el papel que ha usado Irene muchas veces cuando se ha dirigido á personas de su intimidad. Este es seguramente el borrador de una carta; el testimonio vivo de su pérfida y solemne promesa..... ¡Pepe! pero ¿quién es este Pepe?..... ¿Dónde está este Pepito de mis entrañas, para buscarle y hacer que él ó yo desaparezcamos del mundo para

Oh infames y maldecidas mujeres! ;y qué bien me tiene sorbido el seso con sus hipócritas y zalameras marrullerías! Habrá en la tierra ser más imbécil y despreciable que yo? Imposible!

Y mientras hablaba y vociferaba, dando vueltas por el gabinete y derribando á pufictazos retratos, flores y bibelots, fijó sus ojos en el libro del padre Torralba, y cogiéndolo frenético, lo arrojó por el balcón, acompañado de un terno sonoro, y exclamando:

-¡Váyanse el diablo y para siempre las contemplaciones? Luego se encerró en su cuarto, leyó cuarenta veces la carta de su mujer, saturándose más y más de dinamita, y haciendo mil espantosos y variados propósitos, que iba á poner en práctica inmediatamente.

Su preocupación constante mientras almorzó y paseó por la tarde, fué la de averiguar quién sería aquel José tan idolatrado. Recorrió con la memoria todas las amistades de su casa, desde que conoció á Irene, y no le resultó ningún Pepe pintiparado para el caso del enamoramiento de la Baronesa.

Apenas pudo comer; retirado en la galería hasta más de la media noche, pensó de nuevo en realizar estupendos propósitos. Proyectó su-

Pegarse un tiro.

cesivamente:

Desheredar á la Baronesa v marcharse á Amé-

Ir á El Henar, matarla v tirarse de cabeza al Duero

Devolverla á la casa de Tormantos y embarraganarse en cualquier rincón del mundo.

Despedir á la servidumbre, pegar fuego á la casa y meterse á fraile.

Pero.... todos estos propósitos ofrecían la misma deficiencia: ¡Pepe quedaria vivo y triunfante, y tan fresco como si no hubiera roto un plato!

El problema grave, pues, era dar con Pepito; por él debía empezar la epopeya de su venganza.

Pero ¿quién era Pepe? ¿dónde estaba Pepe?

No había más remedio que esperar al regreso de su mujer, y obligarla á confesar quién era el cul-

El Barón se decidió á

esperar, aunque para ello hubiera de pasar diez días de | te aprovechas de la ausencia de tu dueña, que, de seguro, mortales ansias

A eso de las dos de la mañana se acostó, y procuró en vano conciliar el sueño; hasta que, al fin rendido, se durmió á las siete, y reposó malamente hasta las once, cuya circunstancia alarmó sobremanera á la servidumbre, siempre acostumbrada á que el Barón se desayunara muy temprano y fuera á primera misa.

El ama de gobierno, Eliodora, se aproximó cien veces á la puerta del gabinete de su señor, y al través de la cerradura, en medio del mayor silencio, oyó que el Barón roncaba y tosía de vez en cuando. No se atrevió á llamarle, ni á entreabrir la puerta, porque no tenía autorización

Los demás individuos de la servidumbre se enteraron de que el Barón seguía durmiendo, y Eliodora les dijo:

-Ayer estuvo el señorito muy disgustado; apenas comió y tal vez habrá tardado mucho en dormirse. Dejémosle descansar. Estoy segura de que le ha afectado mucho la ausencia de la señora Baronesa y de que por esto sufre, ¡Se quieren tanto!

III.

Pareciéndole al Barón que la casa se le venía encima y

que aquel horizonte de sus hábitos caseros le ahogaba, salió á la calle en cuanto tomó un ligero desayuno, Instintivamente, y por antigua costumbre, durante algunos años interrumpida, se fué á pasear á la sombra de la plaza. Apenas desembocó en ella se halló con un caballerete de su edad. semicanoso, muy estirado de bigotes y vestido con descuidada elegancia, el cual, al verle, se detuvo como admirado, se sonrió, abrió sus brazos y estrechó entre ellos al Barón, diciéndole:

- | Querido Miguel, barón de mi vida! ¿A qué debo la satisfacción de verte en el mundo?

-Me aburria en casa, amigo Cándido, y como suele decirse, « me he echado á la calle.»

-¿Y la señora Baro-

-Está en Valladolid de compras.

-; Ah, picaro!; cómo

á estar aquí, no te hubiera permitido semejante calaverada! -Pues, permítala ó no, yo te juro que vuelvo á mi vida antigua, y que os haré compañía diariamente.

-; Choca, Barón!-exclamó Cándido apretando su mano -así me gustan á mí los hombres, emancipados, y no recluídos siempre entre faldas como las monjas. Pero, en confianza, Miguel, ¿á qué se debe este cambio tan radical en tu conducta, cuando hace ya por lo menos tres años que no te veíamos el pelo en nuestras reuniones?

-No me lo preguntes, porque ni yo mismo lo sé. Lo que sí te aseguro es que estoy firmemente decidido á hacer mi santa voluntad.

-De ello nos alegraremos en el alma todos los amigos:



EN EL JARDÍN.

no hablaba mucho en tu favor, y excuso manifestarte que la hemos censurado muchas veces.

-Teníais muchisima razón para ello. He sido un imbécil y ha llegado ya la hora de la enmienda.

Y mientras paseaban y hablaban de esta manera, vino hacia ellos, desde el extremo opuesto de la plaza, agitando los brazos y dando voces, un hombre grueso, viejo, bien conservado, D. Blas de la Pared, farmacéutico titular de la villa desde hacía medio siglo, propietario respetable y autor de cuantos progresos, innovaciones, enredos, fiestas y sucesos políticos é impolíticos de alguna resonancia habían ocurrido en ella en todo ese tiempo.

Traia D. Blas su sombrero de jipijapa en una mano, dando la calva al sol, y en la otra un pañuelo de hierbas, con el que se frotaba la mollera y el rostro. Vestía traje de dril claro muy holgado, con tiznes de almazarrón, lacre o unto rojo en el chaleco, en las solapas y en las bocamangas; no llevaba cuello ni corbata, y sus calzones de zuavo, replegados en salomónicas curvas sobre sus zapatos blancos, bajaban á formar la línea de la entrepierna muy cerca de las rodillas, dejando entrever en la cintura, sobre el alto relieve del abdomen, y gracias al chaleco dado con un solo botón, las hebillas de su pretina de cuero y los arrebujados pliegues de la camisa.

Llegó á donde el Barón y Cándido estaban, dió al primero un repique de palmadas en la espalda, y unos cuantos apretones de manos al segundo, y exclamó después mientras se abanicaba con el sombrero:

-Dudaban mis ojos, señor Baroncito, de que fuera verdad la «sorprendente sorpresa» é inusitado é inverosímil caso de que se viniera usted á pasear á la plaza, fenómeno feliz y deseado, no visto desde hace muchisimos tiempos. Así es que, ¡calle usted, hombre! ¡ porra! no sé lo que me digo, al verle de nuevo, como resucitado, entre nosotros! Así es que, decía, estaba yo leyendo La Iberia, mi perpetuo periódico, en el portal de la oficina, cuando de pronto mi hija Clodomira, que despachaba una receta á unos tíos de Tariego, alza la voz y grita: «¡Padre, allí tiene usted al señor Barón paseando en la plaza con el comandante Cigales!» Eléctricamente tiré el periódico, me quité las gafas y miré, sin poder dar crédito á lo que veía; y aun dudaba si sería usted o no, cuando mi otra hija, Porcia, que regaba los tiestos en el balcón, gritó desde arriba: «¡Padre, padre, mire usted al señor Barón paseando con Cándido Cigales!» Y nada, aquí me tiene usted precipitado, para darle la bienvenida y preguntarle por la salud de la muy respetable señora Baronesa, cuvos pies beso.

El Barón oprimió cariñosamente contra su pecho al veterano D. Blas, y contestó:

-Mi mujer no tiene novedad. Yo agradezco á usted, don Blas, el afecto y entusiasmo con que viene á verme, sentimientos muy naturales en usted, que siempre me quiso tanto, y mucho más exaltados por el retraimiento en que yo he vivido.

-Respecto á lo de quererle-añadió el boticario-yo le he visto á usted nacer; y bien puede asegurar que jamás tuvo el señor Barón, su padre, que santa gloria haya, amigo más intimo, más leal ni más desinteresado y respetuoso que yo. Yo le arreglé el colmenar, el invernadero y la bodega; le

porque, la verdad, chico, la vida de secuestrado que hacías | enseñé á destilar licores, le embalsamé el perro Galán, y le curé un enfriamiento gástrico que le tuvo mortal por más de un año, después que le vieron todos los médicos de Madrid. En cuanto á usted, señor Barón, no podrá decirse que es discípulo mío de matemáticas, de artillería y de castrametación; pero ¿quién le enseñó á usted á hacer liga y lazos para coger pájaros? ¿quién le amaestró en el uso de la linterna mágica y en el arte de los veinticinco juegos de manos con que usted se lucía tantas veces cuando era soltero? Dejemos, pues, nuestro cariño aparte, que, como dicen los recetarios viejos, «es probado», y vamos á lo que importa, si es que se puede saber: ¿A qué debemos, señor Barón, el placer de verle entre nosotros?

-Ya se lo he dicho á Cigales; me aburre la vida casera; he llegado ya al límite de la conformidad, y vuelvo á mis antiguas costumbres; soy todo de ustedes.

-Me parece muy bien, señor Barón-prosiguió don Blas; - el hombre es autónomo y la mujer también, pero nunca deben la una ó el otro absorber al otro ó á la una. No sé si me explico. Bueno; pongo por caso que la señora Baronesa sea más santa y derecha que Santa Eduvigis, pero no empece el que á usted le deje con su peculiar autonomía de hombre social, comunicativo y transmisible. Creo que lo mismo se puede ganar el cielo viviendo metido en casa, cuidando canarios, podando ciruelos y leyendo libros fantásticos, que frecuentando el trato de las gentes, dejándose querer de los amigos y echando alguna que otra cana al aire. Francamente, señor Barón, ha estado usted así como metido tres años en presidio, sin culpa ninguna, y todos cuantos le queremos le considerábamos ya perdido y en camino de alguna deplorable chifladura. Pero, en fin..... Dios se ha compadecido de usted y de nosotros, y nos lo devuelve tan bueno y complaciente como lo fué siempre. Con que la señora Baronesa sigue tan admirablemente, ; eh?

-Sí, señor: ayer salió para Valladolid á hacer unas compras, y no volverá en seis ú ocho días. Y Clodomira y Porcia siguen lo mismo? ¿ No se casan?

- ¡ Qué se han de casar, amigo mío! Ellas cumplen el precepto de su padre: «Para no ganar algo, no te muevas.» De vez en cuando les ha saltado por ahí algún pretendiente, más ó menos disimulado, cuyo análisis químico he hecho yo en cuanto les he visto; y ¿qué eran? abogadillos de pueblo, salidos de la Universidad, con escaso caudal en su casa y ninguno en la mollera, sin esperanza de mejorar de fortuna, ineptos para ganar una peseta en su profesión, con muchas aspiraciones y no pocos vicios, ansiosos de encontrar un suegro como yo, que al cabo de muchos años de trabajo se encuentra en desahogada posición, que podría muy bien traer à un par de vernos aloiados à mi casa, para que me devoren la hacienda y me maten cuanto antes á malos ratos. Otras veces salta un empleaducho tiralíneas, que anda planeando alguna carretera, ó enredando el catastro, ó exprimiendo las contribuciones, ó persiguiendo la filoxera; ó algún teniente de la reserva, ó algún hidalgo propietario en liquidación, ó algún viajante en lanillas y calamidades. Total, nada: novios de á real y medio. Los hombres de prcvecho se han concluido, señor Barón. No hay porvenir para la juventud femenina. De la masculina no me ocupo, porque no he tenido hijos. Clodomira y Porcia están muy bien á mi lado. Es natural que como mucha has tengan grandes

deseos de casarse, y que discurran más que Galeno y Gay- | puso D. Blas; -- porque á nuestro amigo, sin ofenderle, no Lussac para atisbar un novio tal cual lo han soñado; pero.... mientras tanto ; quieto el perro! Clodomira es toda una farmacéutica, agricultora y mujer de administración, tan dispuesta para preparar la sal de Bethollet, y la Puchera de Campos en la oficina, como una paella de diez manjares en mi posesión de las Majadillas. Porcia es más artista; borda á maravilla, pinta cristales y transparentes, toca el piano y la guitarra, chapurrea el francés, sabe de memoria La Tra-

tiene el diablo por donde atraparle. Comandante de cazadores á los treinta y dos años, se ve ya cansado de la vida, sin un terrón propio en su pueblo, por haberlos perdido todos al as de oros; sin salud, por haberla dejado hecha jirones en las callejuelas de los puntos de guarnición; sin fe en nada, porque jamás la tuvo; sin apego á ningún trabajo mental ni corporal más que al de fumarse sesenta cigarrillos diarios, y sin más que dos buenas cualidades: la de la viata y es maestra en el arte de rigodones, manchegas y simpatía que debe á su nombre, tan estimado por el de



SIBARITA.

dillo la historia pública y privada de toda la pollería de veinte leguas al contorno, y lo que es á pico no las gana nadie. En fin, han heredado, cada cual á su modo, el genio de su padre, y yo me encuentro entre ellas como el pez en el agua.

−¿Y por qué no casa usted á alguna de ellas con este picaro galeote que nos escucha? - dijo el Barón señalando á Cándido Cigales.

-Libreme Dios - contestó D. Blas - de semejante mal pensamiento.

-Y á mí, señor boticario-añadió Cigales-de seme-

sevillanas. Un poco veteranas son ya ambas ; tienen al de- | sus padres y abuelos en esta villa, y la de su envidiable buen humor perpetuo, capaz de alegrar á todo el género

- Bien pintado estoy, querido suegro - exclamó Cigales -: Eso nunca! porque meterte á ti en mi casa, sería lo mismo que meter al nihilismo, á la Internacional y al cólera

-Pero ; no es verdad, señor D. Blas-dijo el Barónque, á pesar de tan estupenda historia, tiene el comandante muy buen corazón y que es un amigo modelo?

-Eso si, señor Barón-contestó el boticario-eso si; á cada cual lo suyo. Cándido es bueno por dentro, y como amigo resulta muy leal y caballero; y por eso precisamente -¡Bien está el papa en Roma y Cigales soltero!-re- lo ha sido siempre mío, aunque yo le he sermoneado como

nadie. Con que, señor Barón, ¿es verdad que podremos honrarnos en adelante con su compañía, en el paseo, en mi tertulia, en la caza y en todos los detalles de nuestra vida

-Creo que si; y digo creo, porque dentro de breves dias he de resolver un asunto muy grave para mí, después de cuyo tiempo podré dedicarme al método de vida que más me plazca.

El boticario se rascó una oreja, ante la misteriosa respuesta del Barón, diciendo para sus adentros:

-¡ Á que me lo encierra de nuevo la Baronesa en cuanto

- Pero bien, entretanto - añadió Cigales - para celebrar tu vuelta al mundo, podíamos preparar una tarde de cere monia en el soto.

-Eso me corresponde á mí, caballeros-exclamó don Blas; -- ahora está mi huerta de las Majadillas echa una gloria. Los árboles, la despensa y la bodega aguardan un ataque hace mucho tiempo, y mis hijas están siempre dispuestas á lucir sus habilidades culinarias. Habrá gran menu y música y baile, y yo prepararé para la noche una miaja de fuegos artificiales.

-No puedo aceptar los ofrecimientos de ustedes si antes no me complacen viniendo mañana á almorzar á mi casa.

El boticario y el comandante se miraron sorprendidos. Decididamente la conversión mundana del Barón iba de veras. En casa del Barón no había comido ni almorzado ninguno de la villa desde que la Baronesa llegó á Dueñas.

-Aceptado y agradeciendo-dijo Cigales, estrechando la mano al Barón.

-¡Superior, incomparabilisimo pensamiento!-exclamó el boticario frotándose las suyas.

Al sonar las doce, los amigos se separaron. Diez minutos después ya se sabía, con extrañeza y casi con escándalo, en toda la villa que la Baronesa estaba ausente, y que al siguiente día almorzarían con el Barón, en su aristocrática galería, el perdulario Cigales y D. B'as el tragador.

IV.

Cuando el Barón llegó á su casa, llamó al ama de gobierno Eliodora, y le dijo:

-Mañana vienen á almorzar conmigo D. Blas y Cigales. Á las doce en punto estaremos en la mesa....

Eliodora, sorprendida y trémula, se santiguó y exclamó sin dejar que concluyera el Barón:

- Pero, señorito.... mañana es viernes!

-¿Y qué?−repuso él furioso.

−Que es dia de vigilia, y ya sabe vuecencia que la señorita tiene ordenado que en esos días.....

—¡Idos al diablo tú y la Baronesa! Aquí no hay más órdenes que las mías, y el que no las cumpla se va á la calle. Toma!

Y el Barón se puso á escribir, en media carta, la minuta del almuerzo, bien pensada y con clara letra; minuta que arrojó sobre una mesa, dirigiéndose después hacia la galería v diciendo.

-¡Que me sirvan el almuerzo!

Eliodora volvió á santiguarse; miró fijamente al Barón que se marchaba, recogió la minuta, la revisó y haciendo grandes aspavientos de asombro, se fué á la cocina y con las lágrimas en los ojos leyó ante el asombrado concurso de los criados la orden de la función para el día siguiente.

-¡El señorito se ha vuelto loco, no hay duda!-exclamó, dejando caer la minuta en manos de la cocinera.

La tarde la pasó el Barón en la botica, ovendo á las ninas de D. Blas, que estuvieron sublimes en el arte de despellejar al prójimo. Al anochecer paseó con sus dos amigos, á los que se unieron otros varios: el secretario del Ayuntamiento; un ex funcionario de Cuba, fabricante de mentiras y poesías y un labrador «de los principales», ex diputado provincial, romo de narices y de entendimiento, pero persona de muy buena pasta y de mejor apetito.

Todos quedaron convidados al almuerzo del Barón.

Las emociones de la vuelta «á la vida mundana» habían calmado un tanto la excitación de éste; pero así y todo, leyó de nuevo la picara carta de la Baronesa á su Pepito, crispó los puños cien veces, y se decidió á esperar su regreso, proponiéndose hacer entretanto, y como á modo de preliminar venganza, todo lo contrario de lo que ella le tenía recomendado.

Volvió otra vez á ordenar á su cocinera vizcaína que el almuerzo fuera de lo más suculento y variado, «casi como para seis ó siete personas»; y él mismo escogió en la bodega los vinos más viejos y reputados que conservaba.

Y para entretener dignamente el tiempo en la siguiente mañana, mientras llegaba la hora de recibir á sus amigos, hizo un expurgo en los cajoncitos del escritorio de su mujer, en cuyos interiores departamentos jamás había puesto antes la mano, sacó á la galería un centenar de cartas de Irene, dirigidas á él antes y después de casada, y poniéndolas en un montón, les dió fuego y se deleitó con singular complacencia en ver cómo se reducian tantos cariños á humo y

El almuerzo resultó digno de la cocina del Barón y del inconmensurable apetito de los invitados. Hubo cierta solemnidad y discreción al principio, las cuales desaparecieron con la primera docena de botellas, trocándose la formalidad en alegria y en placentero bullicio. Se probaron toda clase de vinos, se discutieron todos los principios políticos y sociales, se contaron cuentos de todos colores, y al fin hablaron, rieron y aplaudieron todos á un tiempo. Al anochecer hubo que l'evar á su casa, en equilibrio inestable, á Cigales, al secretario y al poeta.

Eliodora, entretanto, encendió una vela á la Virgen como en día de nublado, y se pasó la tarde en su cuarto tiritando de horror ante las voces que daban los comensales.

Dos días después, el domingo, se verificó la excursión á Las Majadillas. Las niñas del boticario, con otras tres señoritas de la villa «y sus mamás», fueron en la tartana de D. Blas; el Barón llevó en su landó á Cigales y á otros dos amigos, y los demás salieron «á pata» por la mañana temprano, «con la fresca». El farmacéutico estaba en la finca desde el día anterior, preparando la fiesta. Se comió en la casa de campo y se merendó en la ribera. ¡Qué día tan inolvidable! Los tres ó cuatro años de recogimiento, de cilicios y de vigilias del Barón se neutralizaron con la franca alegria y con el gran esparcimiento de aquella jornada. No se

